

Jaime Núñez Garcés



MUERTE EN EL PÁRAMO

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA "BENJAMÍN CARRIÓN" NÚCLEO DE IMBABURA

JAIME NÚÑEZ GARCÉS

MUERTE
EN EL PÁRAMO

Colección TAHUANDO N° 301

IBARRA, 2022

CASA DE LA CULTURA ECUATORIANA
"BENJAMÍN CARRIÓN" NÚCLEO DE IMBABURA

Luis Fernando Revelo C.
DIRECTOR

MUERTE EN EL PÁRAMO

© Jaime Núñez Garcés

Colección: "TAHUANDO" N° 301
Ilustraciones: José Salazar

Diseño: Julio Flores Ruiz

1ª edición, 20 de enero del 2022
Impresión, Studio21
Quito-Ecuador

DEDICATORIA

Con inconmensurable amor a mis nietos adorados
Francisco Emiliano, Francisco Alejandro,
Matías Gabriel y Doménica Sofía,
luceros enviados del cielo para iluminar
la felicidad de sus abuelos.

“Allí estaba, como antes, el campo que labraba mi padre con sus propias manos; allí el árbol de capulí por el que trepaba ágilmente. Las moras ruborosas y hoscas, el tunal que ante mi vista se cubrió de frutos llamativos y traidores. Allí el ciruelo frondoso bajo cuyas ramas se deslizaron muchas horas de mi juventud romántica”.

ISAAC J. BARRERA

A manera de Prólogo

Ese cariño magnánimo e indefinible y el apego irrestricto a la patria chica, hace que nos enamoremos de su historia, de su gente, de sus costumbres enraizadas, de su paisaje ensoñador, de su arraigo. Amor inculdicable este, alimentado en el devenir de la existencia, fortalecido por el conocimiento aprehendido de los hechos acaecidos y la tradición oral como herramientas irrefutables. Entrañablemente valorado y transmitido de generación en generación, con una cierta tendencia (dado el desarrollo de la humanidad con sus pros y sus contras, pienso) a que algunos segmentos de historia local, dignos de permanecer indemnes en la memoria colectiva, vayan extinguiéndose, convirtiéndose a los anales sarances, simbólicamente en páginas amarillentas y desgastadas, provistas de una lectura indescifrable.

Lugar Natal, asignatura escolar absurda e irracionalmente proscribida, constituía sin lugar a dudas, un factor preponderante y decisivo que apuntalaba el futuro afecto al lugar de origen, traducido a posteriori en un amor filial irrenunciable. A esta particularidad, sumemos el costo de la modernidad y paralelamente del progreso, espacio que amparado en las nuevas tendencias tecnológicas, no admite el cultivo del espíritu a través de la lectura y la investigación.

Tales consideraciones, me encaminaron a escudriñar sobre un episodio sucedido hace muchas lunas. Llegó a mis párvulos oídos, en los albores de mi etapa escolar y referido por el profesor del grado inicial, quien solía contarnos historias entretenidas, cuyos escenarios surcaban por las mil y una noches en unos casos o por las callecitas

empedradas del lar entrañable en otros. Con la de los remaches, mis compañeritos y yo quedamos atónitos, mientras transcurría el relato, un silencio de tumbas debidamente alineadas, se asentó sobre los pupitres bipersonales y sus atemorizados ocupantes.

Hoy, cuando sobre mis hombros reposan decenas de años de edad, puedo caer en cuenta que fui un instrumento útil de la tradición oral tempranamente, porque apenas llegué a casa les transmití a mis hermanos, infundiendo en ellos asombro y miedo. Un tanto incrédulos dirigíamos la mirada al Fuya Fuya, conscientes de que por aquellos lares, estaba localizado el escenario fatídico.

Contribuyendo una vez más al rescate de sucesos arrinconados en la frágil memoria, permítanme entregarles este pequeño relato, transcrito al papel tras haberme apoyado en una minuciosa labor investigativa. Aspiro a que con su lectura, despierten en la imaginación, imágenes evocadoras del Otavalo de ayer... del Otavalo de siempre.

El placer de narrar

De las múltiples formas de la literatura, la crónica es la que refleja de mejor manera la vida, es decir, la más cercana al ser humano, la que conserva para el futuro costumbres, tradiciones, hechos y gestas del hombre en su dimensión social y en ese sentido es la heredera directa de la narrativa oral.

En las apacibles aguas de la crónica navega con indudable capacidad Jaime Núñez, rescatando con entrañable afecto por su tierra, las historias de los caminos, de las gentes y los tiempos.

Su trabajo literario es una magnífica declaración de amor a su terruño. Describe la belleza de Otavalo y su maravilloso entorno a finales del siglo XIX. Lo hace con precisión de historiador y alma de cronista. Se deleita en cada detalle de la pequeña ciudad recuperada tras el brutal terremoto de 1868: las casas, las calles, sus habitantes, el encanto de la ciudad y su entorno.

Se detiene en la monumentalidad de sus tres iglesias y en la religiosidad de un “pueblo que está de pie”. El señorío de la iglesia de San Luis, coronado por la cruz forjada, expresión máxima de la fe. En medio de sus dos torres, la bella iglesia de fachada gótica del Jordán, bautizada en homenaje al río bíblico, exhibe al Cristo Redentor, tallado en piedra. Poco más allá, el sobrio templo de San Francisco, consagrado a la Virgen María en al menos tres advocaciones.

Luego describe con pluma firme y brillante a su gente. La vida bulle en la actividad de sus agricultores y artesanos; artistas y tejedores; comerciantes y funcionarios; amas de casa y beatas. Es el sencillo entorno de una ciudad que despertaba y se acostaba temprano, dejando que

en la semipenumbra de sus calles, malamente alumbradas por una decena de farolas, reinen en la noche los espantos: la María Angula, el duende, el padre sin cabeza, la caja ronca, el carbunco...

Una mañana de junio de 1892, un acontecimiento insólito e impensable sacude a la ciudad: dos cadáveres fueron encontrados por el sector de Mojanda. El autor describe el impacto de la noticia con énfasis en las voces del pueblo, mostrándonos su dominio del lenguaje popular y de la reacción de las vecinas, que son las encargadas de transmitir una historia abrumadora. Cuando la calma parecía imponerse, un tercer asesinato desata el pánico. El cronista nos revela cómo el desconcierto primero, el miedo después y finalmente un franco terror se apoderan de la ciudad. La impotencia de las autoridades da pábulo a las más fantásticas historias amplificadas de boca en boca.

La crónica concluye con la detención de los culpables, su enjuiciamiento y condena. El relato conciso, descarnado, del fusilamiento de los cabecillas, cierra una crónica escrita con pasión y brillantez por un autor que consolida su carrera literaria con este relato encantador a la vez que siniestro, que contribuye a la memoria histórica del valle del amanecer, la cobija de todos.

David Andrade Aguirre

Septiembre de 2021

Muerte en el páramo

La villa que a partir de aquel memorable sábado 31 de octubre de 1829, pasó a ser ciudad por obra y gracia del Libertador Simón Bolívar, mantenía su apacibilidad característica. El sabio, patriota y mártir payanense Francisco José de Caldas y Tenorio, describió en las postrimerías del coloniaje:

“En Otavalo, el agua es clara, fresca y de las mejores de la cordillera. Su población está situada en un perfecto plano, cercado de las colinas de que hemos hablado. Yo he formado un plano al paso para dar una idea de la población y de su disposición. Las calles son rectas, de un ancho proporcionado, los edificios de todo como en Quito. Tienen un convento de padres franciscanos en corto número, y mantienen dos curas seculares. La iglesia mal situada, de costado a la plaza principal como las demás destos pueblos”.

Entre los meses de agosto y noviembre (1802), el neogranadino anduvo por Ibarra, Otavalo y pueblos aledaños, recorrido fructífero, puesto que como naturalista y botánico, se dedicó a recolectar una diversidad de plantas para catalogarlas minuciosamente; como científico y astrónomo, hizo numerosas observaciones, destaca la efectuada el 9 de noviembre, cuando al amanecer, a través de su instrumento óptico, pudo observar la salida del planeta Mercurio; como geógrafo, enri-



Francisco José de Caldas y Tenorio
(Popayán 1768-Santafé 1816).

queció sus anotaciones basándose en el estudio del suelo y clima de esta región norteña. Periodista, ingeniero y militar de carrera —alcanzó el grado de coronel— son otras de las disciplinas que también cultivó Caldas, prócer de la independencia, quien con su sangre irrigó el camino a la libertad de Colombia.

Con vientos favorables y velas desplegadas, el tiempo persistió en su navegación indetenible, enfilando la proa hacia un futuro incierto, arrojó por la borda inviernos lluviosos y veranos ventosos, años, lustros y decenios.

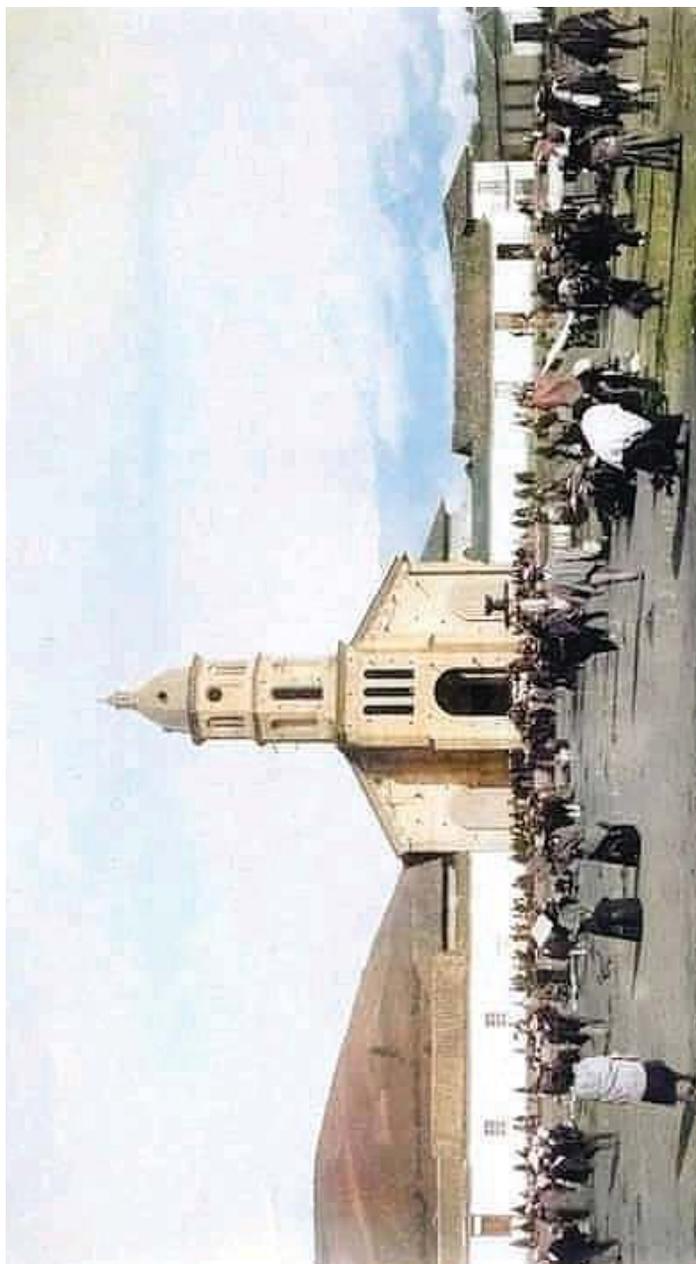
Habiendo transcurrido sesenta y tres largos años desde que el decreto de erección fue rubricado por Bolívar para regocijo de los otavaleños, la ciudad mantenía su fisonomía notoriamente rural, el monte milenario “negro y zahareño en medio del paisaje” (conforme definición de Don Juan Montalvo, excelsitud de las letras hispanoamericanas), ostentaba su imponente vigía inamovible, reflejado en la diaphanidad del lago vecino. Restablecida ya del espantoso terremoto de 1868, mantenía sus calles rectilíneas, trazadas por el Dr. Miguel Abelardo Egas después de la hecatombe que solo en el cantón provocó la muerte de aproximadamente 6000 personas. Las casas asentadas en el borde de la plaza mayor eran de dos pisos (algunas perduran enfrentando al irrefrenable paso de los años), sus balcones y altos ventanales añadían encanto al panorama lugareño, complementado con el templo de San Luis, cuya majestuosidad era gratamente apreciada por los viandantes y motivo de un sano orgullo, latente en toda la comunidad. En el plano que allá por 1883 bosquejara Higinio Muñoz, constan las tres iglesias existentes hasta nuestros días y otros lugares no menos importantes, comprendidos en una demarcación de 69 manzanas, recostadas sobre una llanura privilegiada, escenario patético de representaciones infinitas e historia íntima.

Los lomeríos circundantes ofrecían dadivosos el encanto que aún persiste, de buena gana, las casitas amorosamente enfiladas a lo largo y ancho de aquellas calles ya remotas, acogían ese portento ensañador, bajo sus aleros, cada fachada exhibía una palidez extrema

por el efecto de los rudimentarios brochazos de albayalde, y la techumbre, un tejado para rematar el aspecto autóctono que posteriormente, la modernidad echaría por los suelos. Las viviendas de sabor añejo, donde el patio interior en torno al cual se distribuían las habitaciones, persistía en mantener la pincelada del estilo colonial, con traspatio, caballeriza, corral de gallinas o huerto incluido donde frutas, verduras y hortalizas, germinaban para saciar el apetito insaciable de las clases acomodadas.

La religiosidad de este “pueblo que está de pie”, tenía en San Luis, El Jordán y San Francisco, su sacrosanta representación, tres atalayas distintas y una predestinada misión verdadera. Mantienen intacto su señorío. Como “giralda de Otavalo”, la calificó el poeta Gustavo Alfredo Jácome en su balada de amor, la primera, sobresale como en esa época, altiva y sobre el cupulino, se persigna en hierro forjado la señal de la cruz, mientras en el altar mayor, la angustiada agonía del Señor no ha claudicado. Hacia el lado frontal, se sitúa la plaza principal, llamada también “Plaza de la Constitución”, lucía casi siempre desolada, excepto el día de feria que convocaba a un buen número de vendedores —indígenas en su mayoría— quienes ofrecían su diversa mercadería colocada sobre mesas pequeñas, asentadas sobre la dureza del suelo terroso, así, las bateas de manteca, sal en grano, huevos, granos y otros productos, se bifurcaban sin uniformidad por toda la cuadratura del mercado costumbrista. Al compás del trocico que el portador marcaba con sus pies desnudos, sobre la espalda encorvada de éste y al rayar el alba, arribaban encostadas: papas, plantas medicinales, leguminosas, choclos o mazorcas, conforme el período de recolección, brotados en la parcela íntima, de su venta, sobrevivía el núcleo familiar, atenuando la pobreza y mitigando el hambre. Debió resultar un tanto incómoda la posición de las vendedoras, pasar con las asentaderas sobre los talones una mañana entera, repartida entre regateos, el manipuleo de la rústica balanza para entregar libras de dudosa exactitud o el parloteo en idioma quechua con la poseedora del puesto adyacente.

MUERTE EN EL PÁRAMO



Plaza principal o plaza mayor, denominada también "Plaza de la Constitución" a partir de una disposición emitida por Don Rafael Maldonado y León (Regidor perpetuo del Ilustre Ayuntamiento de Quito. Corregidor Justicia Mayor y Juez Conservador de las Rentas Reales de Otavalo), en documento expedido el 30 de julio de 1813, donde se exhorta a las autoridades y población en general, prestar juramento de fidelidad a la Constitución política de la Monarquía Española. Al fondo, la Iglesia de San Luis (foto, fines del siglo XIX).

Del río bíblico que, luego de bendecir con sus aguas una extensa región de Palestina, desemboca en el mar de Galilea, acogió la denominación el templo subsiguiente. En medio de las dos torres, perdura el Cristo redentor esculpido en dura roca y desplegando sus brazos a la humanidad entera, en una actitud notablemente hierática, como ofreciendo su abrazo eterno a las generaciones venideras. Recinto de oración que aventajó con creces a sus similares, por disponer de un convento y una fachada bien refaccionada, de estilo gótico, enfrente, reposaba tendida la pequeña plaza donde también tenía cabida el mercadeo sabatino. Muros, paredes y arquería, abatidos por la inimaginable catástrofe de 1868, fueron levantados posteriormente por disposición del Obispo de Ibarra, en ese entonces Federico González Suárez. Fue el Arquitecto Fernando Pérez Quiñonez, quien se encargó tanto de la reconstrucción de San Luis como de la del Jordán; aunque un poco más tarde de esta última, donde hoy, los futuros franciscanos cumplen el ciclo de noviciado dentro de su formación sacerdotal.

La filantropía de Antonio Estévez Mora, obró positivamente para que donara el terreno donde se construyó la iglesia de San Francisco, en el altar mayor, se veneraba a la Santísima Virgen de la Purísima Concepción y los indígenas a la Virgen de Copacabana, imagen de igual antigüedad a su similar: la Santísima Virgen del Tránsito que según testimonios, fue encontrada intacta entre los escombros del templo de San Luis después del terremoto, en su nueva morada, a ésta, se la rendía culto, habiéndose fundado una congregación. A partir de 1909, el en ese entonces Obispo de Ibarra Ulpiano Pérez Quiñónez, dispuso la veneración a la Virgen de los Dolores, advocación que a partir del milagro ocurrido en el Colegio San Gabriel (viernes 20 de abril de 1906), es conocida como la Dolorosa del Colegio, con su bondadosa mirada, nos contempla actualmente desde el altar mayor.

¿Y sus pobladores? En su mayoría mestizos, por ahí algún criollo e indígenas, diseminados sobre todo el sector urbano, ya sea en plan

habitacional o ambulatorio, éste último, compartido con gallinas sueltas cacareando a la deriva, uno que otro perro callejero olfateando a cada paso, fisonomías dispares contrastadas con las de chanchos callejeros ignorando el peligro de ser lanceados por la gendarmería municipal o asnos que con un sonoro rebuzno, indicaban su presencia, habiéndose liberado por unas horas del oficio de cuadrúpedo útil para, aprovechándose del escape, arrancar las hierbas aparecidas aquí y allá, estropeando el ornato de la atrayente ciudad.

Persiguiendo una tradición, las beatas acudían arrebozadas con sus pañolones al llamado de los campanarios para susurrar rezos repetitivos, abastecidos de una recóndita falta de fe, ocasionalmente, el sermón conciliador del cura parroquiano, entraba por una oreja, buscando salida inmediata por la opuesta, efecto arraigado porque el chisme y la murmuración, esperaban impacientes en el exterior de cada iglesia.

Para muchos hogares, un medio de manutención constituyó la artesanía, repartida en una variedad de quehaceres, orientados a satisfacer las necesidades básicas. Imponiendo disciplina y cumplimiento en sus aprendices, el jefe de taller o maestro mayor, ejercía subrepticamente la encomiable labor de instruir, en tiempos que aprender un oficio, aseguraba de alguna manera el porvenir incógnito, siendo los conocimientos asimilados, transmitidos de generación en generación. No era raro que la calma franciscana, resultara perturbada por el ruido repetitivo que los golpeteos sobre la madera o el yunque, los difundían las contadas carpinterías y herrerías, confundándose con los cantos de gallos mañaneros, mientras un poco más al norte, manos habilidosas daban la forma de vasijas, ollas u otros utensilios, al barro negruzco previamente preparado. Inmersos en su tarea de continuar agrandando el terruño, albañiles, peones y pintores de brocha gorda, ofrendaban su esforzada labor al desarrollo material de la “grande manta que cobija de todos”. Hacia el noroccidente, en Cotacachi, la talabartería ya daba muestras de ser una heredad auténtica, como el atavío exigía en más de un caso algo elegante so-

bre la cabeza, los sombrereros, ocupaban su tiempo elaborando este producto en una variedad de tonos y tamaños.

Confeccionar trajes, pantalones, vestidos, camisas o blusas, estaba reservado para sastres y modistas, quienes, puntada tras puntada, consumían cada minuto, cada hora, cada día... su vida. Con el riesgo inminente de machacarse un dedo o atragantarse con una de las tachuelas que sostenían en sus labios, los zapateritos de barrio, clave-teaban tacos, zuelas y medias zuelas, a la espera de algún otro cliente, cuyo calzado ya clamaba por un remiendo; pero... así como el trabajo laborioso era la norma artesanal, el incumplimiento en cuanto a entregar las obras, hacía presencia de vez en cuando, particularidad transmitida generacionalmente a los artesanos de nuestros días, exceptuándose las peluquerías puesto que por obvias razones, no había como dejar encargando la cabeza; aunque no quiero imaginar los estragos de una infección provocada por la extracción empírica de una muela cariada, chauchita adicional que practicaban los barberos.

El uso pasajero en materia de trajes y costumbres constituye la moda, aspecto que en nuestra antigua y entrañable patria chica no pasó desapercibido, de allí que una buena parada estaba compuesta por el terno de casimir o casinete de inferior calidad, la camisa almidonada, bien planchada y con cuello postizo recto, de puntas volteadas, el sombrero de coco o mocora y una varita delgada como bastón. Para marcar los pasos sobre las calles vejanconas, nuestros antecesores usaban botines de becerro, hule, búfalo o de shagré. Asistir a un acto solemne, te deum u otro, demandaba vestir la levita imperial con el buche de terciopelo, así como las noches frías, usar poncho, la gente acomodada utilizaba los grandes de bayeta y de dos caras. El pantalón bombacho, permitía lucir desde la rodilla las canillas flacas a los muchachos, tan solo cuando cumplían sus quince primaveras, esta prenda varonil podía extenderse hasta el tobillo, detalle que era motivo del regocijo familiar.

Nombre bastante curioso (magdalenas) el dado a los pañolones que usaban las mujercitas, la mantilla con un cierto aire español, dis-

tinguía a quienes la portaban, de manera similar, los trajes de raso o satén y terciopelo. Costumbre arraigada de las damitas solteras era usar el vestido hasta media canilla, usanza que cambiaba radicalmente al momento de contraer matrimonio ya que la bata o equivalente, por regla, descendía hasta el talón, no en vano, la ropa interior cubría nalgas, partes íntimas y media pierna con calzonarias de ruan blanco endurecido con almidón, planchadas y con encaje al filo, el amplio miriñaque o crinolina con armadura de alambre, era usado junto a un estrecho corpiño, en eventos que exigían asistir bien elegantes. Los vestuarios de baño, tardaron en hacer su aparición; pero el pudor femenino, encontró un excelente resguardo en unos batones de tela gruesa que cubrían la humanidad desde el cuello hasta los talones, las heladas y cristalinas aguas del socavón, remojaron a un sinfín de bañistas, mientras los ríos Tejar y Machángara —todavía diáfanos— acarrearón en sus correntadas, la suciedad de una innumerable vestimenta restregada por manos ya pretéritas, sobre una piedra bien ancha y plana.

Si el sosiego (notorio durante las horas del día), se manifestaba en la poca circulación de transeúntes, el manto de la noche imponía calles desoladas (salvo el imperceptible vagabundear de las almas en pena), silencio absoluto y obscuridad funesta, momento propicio para que los relatos tenebrosos surgieran espontáneos y repetitivos en el hábitat hogareño. **La María Angula**, volvía para lanzar sus alaridos lastimeros; **el duende**, de estatura pequeña y enorme sombrero, salía de algún oscuro rincón a buscar a las mujeres de pelo largo; en vuelo rasante, **las brujas** desdentadas acudían al aquelarre de medianoche, produciendo a su paso un graznido escalofriante; **la procesión** emprendía su deambular eterno, precedida por un campanillero anunciando el paso del cortejo infernal, cuyos dolientes esqueléticos, iban portando huesudas tibias en lugar de cirios; **el padre sin cabeza**, deambulaba calle real hacia arriba, calle real hacia abajo; **la caja ronca**, hacía su sonoro paso a pocos metros del portón de entrada, mientras desde el fondo de la quebrada cercana, provenía el llan-

to tétrico del **huacaisiqui** y en una de las ventanas de la casa sonaban tres golpeteos de mal agüero, conjugados con el maullido endiablado del **carbunclo** con sus ojos encendidos de lumbre, deslizándose felinamente por la tapia del terreno trasero. Ocasionalmente, los acordes melodiosos del tañido de una vihuela ante el balcón de un amor imposible, rasgaba la noche.

Con el advenimiento de la luz eléctrica acaecido el 24 de mayo de 1913, estos personajes legendariamente espantosos y demás cuocos, tuvieron que acogerse a la jubilación involuntaria; aunque sin ningún beneficio, tras largos e incontables años de sembrar terror, su patrono, el mismísimo Lucifer, aún vive maldiciendo la brillante iniciativa de los hermanos Segundo Miguel y Tomás Abel Pinto. Así, los 832 faroles que en grado mínimo desplazaron penumbras y recovecos lóbregos entre las 6pm y 10pm durante muchas décadas, perdieron vigencia y los ocho indígenas que Don Ángel Dávila tenía a su cargo, dejaron de embadurnar la mecha con el aceite requerido y encenderlos. Algún amante furtivo, también se sintió perjudicado, pues, la noche alcaheteaba sus aventuras carnalmente amorosas.

En resumidas cuentas, tales eran las costumbres y el convivir diario en la antigua y pacífica ciudad de San Luis de Otavalo. Corría el año 1892, bisiesto, dentro de cuyos 366 días, se inmiscuyó una sangrienta historia de crímenes sin nombre. Ocupaba la presidencia del cabildo, el Sr. Juan Nepomuceno Guzmán, cargo que posteriormente correspondió asumir al Dr. Pedro Antonio Alarcón. Año de una plena realización periodística, ya que señaló el inicio de la comunicación impresa otavaleña; aunque el primer número del quincenario *El Pailón*, apareció un lunes 11 de julio en la capital provincial, su director, propietario, administrador, editor, tipógrafo e impresor Sr. Modesto Andrade, laboraba en su propio domicilio signado con el número 48 de la calle principal, dando rienda suelta a una prensa pequeña, desde ésta y en páginas cuidadosamente estampadas, salían básicamente las inquietudes ciudadanas para conocimiento del entorno urbano. Como es de suponer, el nombre, hacía alusión a la ne-

cesidad de emprender en el sueño naciente de contar con una salida vía San Lorenzo al mar del Balboa.

Año de nacimientos venturosos e inconsolables defunciones, donde a las parteras no les faltó clientela, detalle fácil de explicar ya que la tentación y el deseo se acostaban tempranito en los lechos nupciales. Simultáneamente, las ausencias definitivas, imponían luto riguroso en la vestimenta y dolor profundo en el corazón. La lamentable partida del escultor Gregorio Ortega, provocó pesar en los otavaleños, a él, le debemos la restauración íntegra de la imagen del Señor de las Angustias, seriamente afectada en el siniestro apocalíptico de 1868, resultando la rotura de una pierna, el destrozo mayor. Quien encomendó la delicada tarea fue el Reverendo Darío Martínez Orbe, encargo cumplido a cabalidad porque incluyó restauración, disminución de las proporciones (la escultura original, era más corpulenta, de miembros más vigorosos) y el brillante retoque final, labores que fueron realizadas en Cayambe, lugar de residencia del coterráneo, quien gozaba de cierta fama de santidad, pues, solía esculpir los santos usando cilicios (ropaje utilizado para provocar deliberadamente dolor o incomodidad) y arrodillado. De su iniciativa nació en 1871, la intención de crear una escuela gratuita de escultura, no prosperó, porque a las autoridades simplemente no les interesó el proyecto.

Como resultado del accionar incisivo de gurbias, cinceles y formones sobre el cristo doliente, salpicaron astillas y virutas que recolectadas cuidadosamente junto a otros fragmentos sobrantes, fueron a parar en manos de la feligresía sarance que atesoró estos residuos como una sagrada reliquia al trasladarse a Cayambe para traer de vuelta a casa la imagen completamente restaurada, el miembro cambiado, se entregó a la familia Jaramillo Torres y posteriormente, fue guardado en casa de Don César Gómez. En solemne procesión, nuestro Señor de las Angustias ingresó a la ciudad, acompañado de cánticos hasta ser depositado en el altar mayor, desde entonces, su conmovedora expresión, inspira una devoción única, traducida en veneración generalizada y en plegarias muy sentidas.

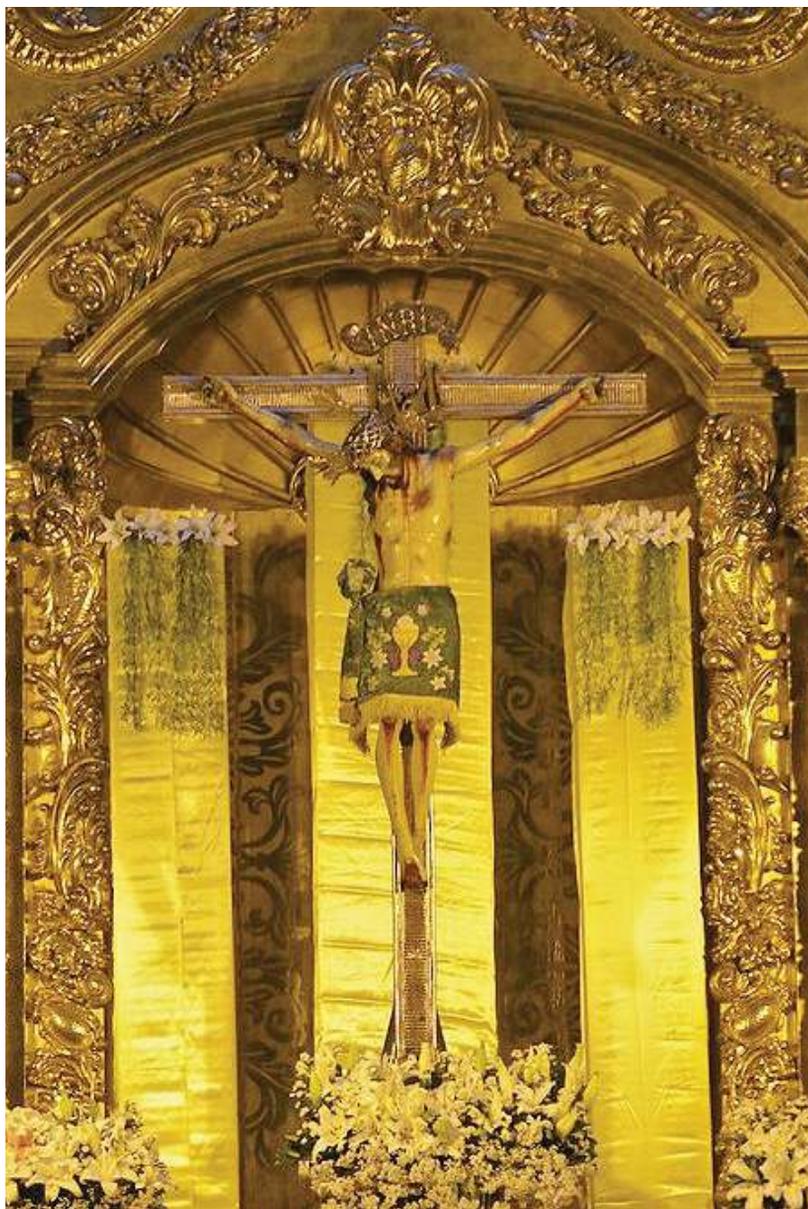


Imagen del Señor de las Angustias (archivo parroquial de San Luis).

Antonio Flores Jijón, de profesión doctor en jurisprudencia, gobernó la nación hasta el 30 de junio de aquel año, gestión tildada como “el gobierno de la argolla”, casi a día seguido, las riendas del estado fueron asidas por el Dr. Luis Cordero Crespo. En el plano internacional, un grupo de cubanos exiliados con Máximo Gómez, Antonio Maceo y José Martí a la cabeza, fundaron el Partido Revolucionario Cubano. Al norte del continente, se realizó la primera conferencia telefónica interurbana (Nueva York-Chicago) y para desgracia del pueblo español, nació en El Ferrol (Coruña) Francisco Franco de Bahamonde, quien 44 años más tarde, amparado en su investidura de General del Ejército, acaudilló la sublevación que desembocaría en una sangrienta guerra civil (1936-1939).

Junio había hecho presencia con sus vientos veraniegos en tiempo de cosechas y semejante novedad, estremeció a todo el conglomerado ciudadano, ésta, se propagó como llama en paja seca por toda la urbe. Los cadáveres de dos puendos —presumiblemente asesinados— fueron encontrados por el sector de Mojanda. Acontecimiento insólito e inimaginable que causó preocupación en las autoridades, desencadenando una serie de comentarios y exclamaciones asustadizas de libre circulación por calles, casas posadas, tiendas de barrio, la plaza principal y demás.

—¡Santo Dios, santo juerrte, santo inmortal!

—¡Virgencita del Quinche!

—¡Jesús, José y María!

Como nunca, las jaculatorias tuvieron el chance de ser proferidas en una diversidad de énfasis con persignada de yapa, acolitadas por los ademanes y gesticulaciones que la ocasión exigía, por tratarse de una charla entre amigas, vecinas o comadres.

—¡Santa Bárbara doncella, líbranos de esta centella!

Paralelamente, los rumores acrecentaron su extensión, alcanzando el barrio San Blas por arriba y hacia la parte norte el “san sebitas”, extremos longitudinales del otrora “Asiento de Otavalo”, fundado por Sebastián de Benalcázar, el conquistador español que designó

patrono a San Luis Obispo de Tolosa, atendiendo la sugerencia de los dos sacerdotes franciscanos que le acompañaron en su incursión.

Los vientos del verano aquel soplaron como de costumbre, con ímpetu incontrolable, levantando polvo de una manera desmedida; exhibiendo un comportamiento invasivo —a veces graciosamente travieso— cuando se trataba de levantar faldones o echar a rodar por el suelo sombreros; agitando puertas, ventanas y portones; interponiéndose en el raudo vuelo de las golondrinas paseantes y despojando a los árboles de su frondoso follaje.

Después de permanecer en letargo durante innumerables lunas, las flautas de carrizo añejo y los rondines tornaron a emitir sus monótonas melodías, emitidas por soplos aguardentosos para amenizar así las festividades de San Juan Bautista, la manifestación ancestral que en el sector indígena, echó raíces perennes. La vestimenta sanjuanera lució calzones bombachos y camisas de liencillo, el jala jala jala coreado en grupos de marchas dispersas recorriendo senderos, chaquiñanes y caminos polvorientos, se elevó al cielo cual grito de raza inconforme, de tanto zapateo, las alpargatas terminaron desfleçadas y los estómagos, resentidos por tanto licor o guarapo ingeridos desmedidamente.

La normalidad intentó restablecerse mientras el tiempo avanzaba a pasos ineluctables, al parecer la rutina iba asentándose en el “valle del amanecer”, consagrado cinco años antes a los Sacratísimos Corazones de Jesús y de María, declarados sus especiales Patronos y Protectores. La comidilla y el cotorreo femeniles habían amainado, en razón de que la matanza de Mojanda pasaba a ser un mal recuerdo cuando con el séptimo mes llegó la segunda baldada de agua fría.

Con el semblante afectado por la desagradable impresión, sudoroso y visiblemente turbado, el arriero irrumpió bruscamente en la dependencia municipal para informarle al Jefe Político que en el momento de pasar por la quebrada de Cruz Loma, allá arriba, encontró el cadáver de un hombre con la cabeza aplastada, el asombro del funcionario, impregnó una palidez extrema en su rostro, no alcanzó a articular palabra alguna cuando la narración detallada del informante, recurría a

los gestos tan oportunos como espontáneos, de manera que el testimonio no pudo ser más fidedigno. La víctima yacía tendida sobre un charco de sangre, una masa sanguinolenta y disforme donde podían distinguirse cabellos, pedazos de cráneo y porciones de masa encefálica, daba perfecta cuenta de que el abominable crimen se cometió utilizando un objeto contundente, posiblemente, una pesada piedra.

La información espeluznante se dispersó como sarta de camaretas encendida, asustando y extendiendo su estrepitoso lenguaje a los cuatro puntos cardinales; sacudió como fuerte sismo a todo el cantón y sus inmediaciones, estremeciendo la espiritualidad de medio mundo. Las invocaciones y santiguadas retornaron al ambiente franciscano con puntualidad inglesa ¡Avemaría purísima! ¡misericordia Señor! Mientras los rumores circulaban ligados a conjeturas diversas y el diálogo encontró una multiplicidad de situaciones. Así, en la tienda del barrio Central.

—Me muero vecinita ¿ya se enteró?

—De quéfs Clotildita.

—Del muertito en el Mojanda pes.

—Aaay calle nomás mi bonita, hasta la cabecita desque lian machacado.

O entre amigos y compadres reunidos en uno de los estanquillos.

—Jodidos cholitos... ya vadarr miedo subir a Quito.

—Chuuulla vida compañeritos chuuulla vida —sentenció el paisano al momento de levantar su copa para empinar el codo.

—Tienes toooda la razón Jacinto, y vos carecuy... chulla vida, por eso mismoff, si diosito dijo, cuídate que te cuidaré.

—Gueno gueno Ulpianito, no te pongas bravo, mejores brindáte un tabaquito.

Con el “trago del estribo”, la botella vacía y las cabezas un tanto mareadas concluyó el coloquio, amenizado por las ocurrencias, los recuerdos y la amistad de siempre.

El cura párroco de San Luis censuró en lenguaje enérgico a los culpables durante la liturgia dominical, después del ofertorio, tomó

una cruz revestida de crespones luctuosos y escoltado por cuatro clérigos quienes portaban cirios, inició la procesión al interior del templo mientras profería:

“Maldito sea el pan, vino, carne y sal, agua, pescado y otras cosas que comieren y bebieren, sus obras sean hechas en pecado mortal, y el diablo, padre de todo mal, sea a su diestra cuando fueren a juicio, siempre sean vencidos, sus mujeres viudas y sus hijos huérfanos y anden mendigando de puerta en puerta y no hallen quien los socorra; la maldición de Dios y la de los bienaventurados apóstoles San Pedro y San Pablo vengan sobre ellos, la de Sodoma y Gomorra que llovió fuego del cielo y los abrasó, y la de Datán y Avirón que por sus pecados los tragó vivos la tierra”.

Después de completar una vuelta alrededor de la nave principal, se dirigieron al altar mayor para sumergir las velas chisporroteantes en un recipiente que contenía agua bendita, sentenció el sacerdote: “Muera así sus almas en los infiernos como esta candela en al agua”.

—Aameeen —respondió la feligresía visiblemente atemorizada.

Tres asesinatos en el lapso de apenas cuatro semanas, ya resultaba tan macabro como terrorífico. Favorecido por la soledad del páramo, el espectro de la muerte empezó a merodear entre los pajonales, entre el camino regularmente transitado por viandantes de a pie o de a caballo, por mortíñales y por las quebradas en cuyo regazo, torrentes de líquido cristal trazaban los cauces para enrumbar su vivificante recorrido descendente.

De un día para otro, en toda la jurisdicción provincial y el norte de Pichincha, este monstruoso acontecimiento, constituyó un tema de honda preocupación por insólito e inaudito, alertando a las autoridades lugareñas. Una convocatoria urgente reunió al proponente Dr. Pedro Antonio Alarcón, Presidente del Concejo; a los concejales Juan Nepomuceno Guzmán, Francisco Rodríguez, Fidel de la Torre y al Jefe Político, evidentemente, una serie de asesinatos había dado inicio y velar por la seguridad constituía una obligación irrenunciable. Las exposiciones respectivas, expresadas en el pleno de tan trascendental sesión, permi-

tieron delinear algunas acciones tendientes a capturar a los culpables, recayendo la mayor responsabilidad sobre el Jefe Político. Como “guerra avisada no mata gente”, hacendados, agricultores y en menor escala los artesanos, quienes vivían del comercio de sus productos, decidieron tomar las precauciones debidas para transportar en fatigoso viaje hacia Quito la múltiple producción que del dadivoso suelo imbabureño cosechaban: fréjol, maíz en sus ocho variedades; chochos, trigo, cebada, arvejas y lentejas, insumos que debidamente encostalados partían a lomo de mula, conformando el grupo de acémilas guiado y custodiado por arrieros curtidos en su oficio. Del Carchi, arribaban recuas cargadas de toda la variedad de papas para reanudar otra dura jornada cuesta arriba, a partir de la casa posada de Ubidia.

Ya en el páramo, crecía la inseguridad y el miedo obligaba a comprobar si las escopetas iban cargadas o los filudos machetes permanecían en la alforja.

—¡Arre mula pucta! —Con el acial en la mano diestra y el apuro por salir de ese tramo maldito comprendido entre Curubí y Chiriacu, pasando por los Azahares, menudeaban las azotadas ¡chas! ¡chas! Estrellándose contra los costillares del cuadrúpedo impávido.

La zozobra iba menguando, conforme estos grupos bien compactos descendían hacia territorio pichinchano, hasta convertirse en completa calma cuando arribaban a Malchinguí, población acogedora que precedía a un trecho de once largos kilómetros en línea recta, construido en el gobierno de García Moreno y denominado “la bodoquera”. Las cristalinatas aguas de los riachuelos que salían al encuentro, mitigaban la sed o refrescaban los pies adoloridos del fatigado caminante. El tambo de la Josefina o más adelante el de la Providencia con su gran casa posada, acogían a las caravanas de arrieros y viajeros, ávidos de descanso y algún bocado, cuando el negro telón de la noche bajaba lentamente, cubriendo el último destello de luz crepuscular. Unos sorbos de anisado, de agua de sunfo o un canelazo hirviente, ayudaban a conciliar el sueño y amortiguar la frialdad nocturna.



Páramo de Mojanda (foto, iWaNa Trip).

Con una partida de nacimiento triplicada (los nevados Cotopaxi, Sincholagua y Rumiñahui), el torrencioso río Guayllabamba avanzaba dando vuelta tras vuelta, adentrado en un largo encañonado en V hasta encontrarse con la corriente del San Pedro e ir juntos al encuentro del río Esmeraldas para desembocar en el mar Pacífico. De alguna manera, constituía un trecho peligroso difícil de salvar, porque obligaba a descender al cauce de este obstáculo natural con las precauciones debidas para cruzar a la orilla opuesta, a no dudar, un auténtico “sal si puedes”. Del punto denominado “el chamanal”, la tradición oral señalaba que en época posterior, los salteadores, habían desvalijado a los viandantes en más de una ocasión.

Pomasqui, parroquia rural fundada en 1573 y Cotocollao unos kilómetros hacia el sur, eran la antesala de Quito, el objetivo de tan aventurada travesía. Desde este sitio —ya en suelo plano— iniciaba una interminable sucesión de praderas, potreros y bosques, exhibiendo una policromía verdosa de primorosa exquisitez, salpicada de extensos trigales, maizales, terrenos infecundos y escasas casitas diseminadas que contribuían a engrandecer la beldad paisajística. El ancho sendero en ocasiones polvoriento durante agosto o plagado de lodazales en abril, enfilaba en línea casi recta por donde en nuestros días se ubican las espaciosas avenidas La Prensa y Diez de Agosto. Con los brazos abiertos, el parque más antiguo de la capital ecuatoriana, la Alameda, que ya contaba con el Observatorio Astronómico y situado en las “afueras”, ofrecía la bienvenida a los agotados forasteros.

El tiempo y las aguas no alteraron su curso normal, éstas, emergidas desde las entrañas terráqueas o nacidas en los derretimientos del hielo de la cordillera andina y aquél, cumpliendo irrestrictamente con su misión concreta. El encanto franciscano de la pequeña ciudad, bolivariana desde hace un poco más de seis decenios, perseveraba como rosal florecido en primavera, en tanto, sus pobladores, celebraban el nacimiento de cada otavaleño, hecho posible gracias a la habilidad de las parteras o lamentaba el fallecimiento de algún mortal, aquejado por su edad o los males en boga: la pechuguera (gripe),



Camino del norte. Intersección Avda. 10 de agosto y Tarqui, a la altura del parque El Ejido (foto, *Curiosidades de la Historia de Ecuador, Página Facebook*).



Parque de la Alameda (foto, *Recordando a Quito, Página Facebook*).

el temible cortado (neumonía), las tercianas (paludismo), la difteria faríngea llamada garrotillo, el tabardillo pintado (tifus exantemático), y más dolencias. Conviene destacar que la farmacopea tradicional incluía infusiones, bebrages, ungüentos, frotaciones, complementada con el conocimiento “científico” de las curanderas y sus sabias

prescripciones, entre otras: beber abundante chicha con mashca para tratar la viruela, aplicar caca de guagua tierno en noche de luna llena para curar el coto (bocio endémico), o la salomónica medida de colocar un filudo cuchillo bajo la almohada para cortar de un tajo el dolor padecido por el afligido paciente.

Infiltradas en la mansedumbre generalizada del entorno, las Hermanas de la Caridad contaban ya con tres novicias otavaleñas: Rosalía, Genoveva y María Troya. Esta comunidad religiosa, había llegado dos años atrás contratada por el municipio, con Sor Josefa Matheau —de porte distinguido y unos hermosos ojos azules— como Superiora, más cinco monjas, vistiendo hábitos azules y cornetas de nivea blancura. Labor encomiable la emprendida porque apenas llegadas crearon “El Asilo”, establecimiento escolar primario que albergó a niños de ambos sexos, época donde un año después (1893), también arribaron los Hermanos Cristianos, cuya permanencia fue relativamente corta, caso similar, el de las religiosas Bethlemitas, orden que abandonó el poblado, por falta de recursos y alumnas pensionistas. Años ochenteros donde en sus finales, la iglesia de San Luis estrenó cubierta de teja y en el campanario, habían sido instaladas las campanas rescatadas de los escombros producto del terremoto, en cuyos bordes constan las respectivas fechas de fundición: enero de 1855 y febrero de 1864.

Luis Cordero Crespo, de procedencia cañareña (Déleg), era quien conducía las riendas del estado, abogado de profesión, poseedor de un vasta trayectoria profesional, sustento meritorio que le permitió ejercer diversas funciones en brillante escala ascendente: Teniente Político de parroquia, Jefe Político de Cuenca, Rector de la Universidad, Miembro del Gobierno Provisional (1883), Presidente de la Corte Superior de Justicia, Diputado, Senador, Presidente del Senado (1885), Ministro Plenipotenciario en Chile, poeta de reconocido prestigio, consecuentemente, Miembro de la Academia de la Lengua. El oprobioso episodio de la “venta de la bandera”, provocó su caída ¿cómo sucedieron los hechos? Un conflicto bélico en-

frentaba a China y Japón, este país, compró a Chile el vapor Esmeralda, como la nación sudamericana —por ser neutral— no podía hacer cruzar el mar de Balboa con la embarcación portando el estandarte chileno, solicitó al gobierno ecuatoriano la autorización respectiva para izar el lábaro amarillo, azul y rojo durante la travesía. A espaldas del gobierno, José María Plácido Caamaño, Gobernador del Guayas, dispuso su utilización, el escándalo alcanzó proporciones internacionales, toda la nación exigió que Cordero renunciara, los batallones Bolívar y el grupo de artillería se sublevaron. Para evitar que la convulsión social creciera, Cordero renunció el 16 de abril de 1895. Etapa republicana en que la denominación y el acuñamiento de la moneda cambiaron de peso a sucre.

Trienio significativamente histórico este, de entera significación local, regional y nacional, mientras en la vieja Europa destacaban personajes y acciones que a futuro influirían de alguna manera en el destino de la humanidad. Es así como en los inicios de 1892 Vladimir Ilich Uliánov (Lenín), obtiene la licenciatura en la Universidad de San Petersburgo; Angelo Giuseppe Roncalli (Papa Juan XXIII), ingresa en ese mismo año al Seminario de Bérgamo cerca de Milán, al tiempo que Sir Winston Churchil, el primer ministro inglés más célebre del siglo XX por su directa participación en la Segunda Guerra Mundial, inicia su período de escolarización en Ascot, para luego continuar en Brighton y Harrow. El año 1893 nace Mao Tse Tung (uno de los fundadores del partido comunista chino en 1921), quien, desde sus orígenes humildes en la China rural, ascendió al poder absoluto, unificando un país afectado por años de colonialismo y guerras. En ese mismo año, Lenín, labora como pasante de abogado, al año siguiente, publica “Lo que son los amigos del pueblo” y en el mes de mayo (1985), visita Alemania, Francia y Suiza para establecer contacto con los exiliados rusos, antes de fundar la “Liga de San Petersburgo para la Emancipación de la Clase Trabajadora”. Estableciendo un singular paralelismo de realizaciones, entre los años 1893 y 1894 el “viejo león” —apelativo asignado a Churchil—, fue

cadete en Sandhurst, academia militar donde se graduó, en marzo de 1895 militó como Subteniente del Cuarto Regimiento de Húsares. Carrera por demás brillante la suya: político, historiador, estadista, escritor, habiendo obtenido el Premio Nóbel de Literatura en 1953; periodista, como tal, visitó Cuba en calidad de corresponsal de guerra para cubrir la contienda entre tropas españolas y el ejército rebelde. Nombrado posteriormente, ciudadano honorario de los Estados Unidos de América.

Durante la temporada aquella, los asaltos y crímenes concurren con alguna frecuencia sobre la desventurada humanidad de los caminantes, enrojando con sangre inocente un fragmento de nuestra historia, comprendido en estas acciones vandálicas, provocadoras de dolor y desolación. En esos días, viajar a Quito significaba emprender una peligrosa aventura de riesgo mayúsculo. Quienes ostentaban el rango de autoridad, aunaron esfuerzos desplegando toda su capacidad, tendiente a capturar a los criminales; pero las celadas planificadas y persecuciones no proporcionaron ningún resultado.

La soledad del Turuchaca, las breñas del Pivarinsig y el extenso pajonal de Bellavista, fueron los sitios fatídicos donde las víctimas perecieron garroteadas, en los estertores de su angustiada agonía, la mirada adquiriría una vidriosidad indescifrable tras contemplar por última vez el azul infinito del cielo imbabureño. Danza macabra de muerte, ejecutada por arrebatar en algunos casos tan solo pequeños bultos de mercadería o la miseria de unos cuantos pesos. Ni los arrieros que en su duro trajinar trasladaban para el expendio las manadas de ganado gordo, tanto vacuno como ovejuno, ni postillones, tampoco los encargados de portar la valija del correo, estaban libres de este asedio terrorífico. En su momento, desde Saquisilí arribó el cortejo doliente de los deudos, cuando enterados del abominable suceso, acudieron para darles cristiana sepultura a los puendos asesinados, ante la tardanza del retorno a casa, las indagaciones revelaron el funesto resultado.

Los rumores desembocaron en una diversidad de especulaciones que, formando un conjunto imaginativo medianamente estruc-

turado, proporcionó sustento a la imaginación calenturienta, volcada en comidilla generalizada. Se mencionó que era una temible banda, acechando por el desfiladero de Azahares, salteadores dominados por la codicia, quienes preferían a los forasteros como víctimas, con el fin de entorpecer las investigaciones.

En la herrería de Don Justiniano, a golpe de soplos persistentes, el abombado fuelle mantenía enrojecida la lumbre del carbón, desde el infierno minúsculo, la insoportable ola de calor, perlaba de sudor el rostro del joven aprendiz de oficio, quien confiaba que en un futuro no muy distante, éste sería la madre y el padre de su transitoria existencia.

—Que miedo maistrrito, están diciendo que esos ladrones tienen un puesto para aguaitar a los que van a robarles.

—Ya ves guambrito... no estarás yendo a coger mortiños con tus amigotes.

—Uuu yo pobre, quian de robarme... ni que usté me pagara por montones.

—Apuré jalando el fuelle guambra mal agradecido.

El “patojo Leonidas” acababa de traer a colación la novedad difundida. Supuestamente, los victimarios habían levantado un tambo, ahí, junto al camino, en una pampadita de Curubí, desde donde podían “chapar” el camino real de ida y vuelta. En esa posada, los negociantes, viajeros y paseantes, podían aliviarse del estropeo producido por la cabalgata; defenderse con el fuego de la tulpa del viento helado reinante; saborear el cucayo y proporcionar agua y forraje fresco a las bestias de carga. Ésta, constituyó la primera tanda de teorías fantasiosas con rasgos de habladuría circulante. El capítulo siguiente apareció poco después en entregas de relatos macabros.

La versión de que en el albergue existían cuartuchos siniestros donde la muerte sorprendía a los pasajeros solitarios, se valió de una multiplicidad de divulgadores.

—¡Ave María purísima! —prorrumpía el común de las otavaleñas, mientras en sus rostros reflejaban la expresión de espanto.

¿Cómo operaban los asesinos? De manera espeluznante. Cuando el recién llegado después de saciar la sed y matar el hambre, iba a tender su cuerpo maltrecho sobre la vetusta cama, el posadero acechaba hasta escuchar los ronquidos del huésped incauto para descargar sea el garrotazo en la cabeza o el hachazo que cercenando la yugular, tráquea y las carótidas, provocaba el incontenible derrame de sangre inocente. Apuraditos, procedían a rebuscar los bolsillos y adueñarse del equipaje o la alforja para seguidamente limpiar la habitación, borrando toda evidencia delatora.

El tercer episodio, cruento, execrable y hasta repugnante, comparable a la sanguinolenta tarea de un matarife, consistía en lavar el cuerpo inerte en la acequia cercana, el cuchillo de despostar manejado con cierta habilidad, cortaba, tronchaba y descuartizaba la corpulencia o flacura del occiso, labor ejercida sobre una mesa amplia, las vísceras eran separadas para hacer el cuchicoles como paso previo a la operación final. Debidamente troceados, los pedazos de carne humana rosácea, se amontonaban en dos grandes bateas para el aderezo pertinente: sal, cebolla, ajo y especias. La manteca de puerco verraco diluida sobre el enorme pailón, doraba la fritada cuyo aroma de una exquisitez diferente, recorría ladera arriba, ladera abajo, escabulléndose por las quebradas, introduciéndose en las narices aguileñas o chatas de quienes recorrían por esos rumbos sombríos y tentando al olfato del perro guardián. Ya servida en un plato de barro, era como para lamerse los dedos decían, digna del repituche consabido. La fama se propagó tanto que el antojo empujaba a numerosos paisanos a encaminarse en grupo cuesta arriba para dar rienda suelta a la antropofagia insospechada.

—Ve taitico, ponrrásme un huesito para chupar.

—A mi si no me darás gordos.

—Ajicito, harrto tostado y la chichita de yapa... verás que somos tres.

El negocio, sustentado en una inhumana crueldad, prosperó a costilla de cada cristiano aventurero sacrificado, dejando jugosas ga-

nancias. Las monedas fueron amontonándose en la olla meticulosamente escondida bajo un camastro. Durante algunas lunas, constituyó el *modus vivendi* de los homicidas; pero como de la justicia divina no escapa ninguna transgresión pecadora ni venial, peor aún mortal, sucedió que en su viaje de retorno un comerciante de gallinas, huevos y chanchos, más tres ayudantes, hicieron una parada para saciar el hambre y calmar la sed bebiendo chicha de jora. Ya instalados y bien servidos, uno de ellos, meneando el aparentemente apetitoso cuchicoles, comprobó que de entre la menudencia surgió un dedo humano, ante escalofriante descubrimiento, los convulsionados estómagos devolvieron al piso de tierra apisonada las porciones ingeridas, en cuotas de líquido viscoso. Este fue el principio del fin de tanta fechoría sin nombre, según la imaginativa popular.

La década de los ochentas del siglo decimonoveno llegó a su postrimería de vida, con ésta, el final del 95. Por falta de recursos y al no poder emprender en labor alguna la congregación de Hermanos Cristianos abandonó Otavalo, días antes, otro cadáver apareció en el páramo, episodio nefasto que hizo prometer al Jefe Político Don Carlos Ubidia Albuja (quien además desempeñaba las funciones de Presidente del Concejo), renunciar a su cargo si no capturaba antes de un mes a los criminales, rebusca en la cual también armaron el hombro los concejales Fidel Torres, Rafael Suárez, Dr. Federico Jaramillo (médico de la ciudad) y haciendo causa común, un buen número de voluntarios. Durante intensas jornadas de búsqueda infructuosa, repasaron senderos, chaquiñanes, quebradas y lomeríos, esperando encontrar algún indicio, sin obtener un resultado positivo, se propagó el rumor de que los autores de semejante barbarie, tenían sus caballos herrados al revés, con la astuta finalidad de simular que avanzaban en sentido contrario.

Una vez que el presidente interino Vicente Lucio Salazar fue defenestrado, los guayaquileños auparon la ascensión al poder del viejo luchador, maniobra política que posibilitó el retorno de Alfaro desde Panamá para implementar la revolución liberal, encendiéndolo-

se las pasiones del Carchi al Macará y enfrentando a liberales contra conservadores, clericalismo contra radicalismo, curuchupas contra ateos, en definitiva, la cruz bendita... contra el blasón rojo.

Ésta, era la situación reinante en el país cuando reventó la primicia:

—¡Ya les han capturado a los matones!

—¡Han sido unos indios de Pucará!

—¡Longos puercos!

—¡Y ya les han metido presos! —En efecto, a Alfonso y Atanacio Remache, Jerónimo Cepeda y Francisco Viñachig, les condujeron maniatados a una pieza de la casa municipal donde permanecían recluidos e incomunicados (testimonios orales transmitidos sucesivamente entre generaciones, también señalan a un individuo de nombre Carlos Méndez como detenido, sin determinar su grado de culpabilidad ¿cómplice? ¿encubridor? Curiosamente, tanto en los documentos concernientes al proceso legal establecido como en las actas municipales, Méndez no aparece).

Una multitud de curiosos se arremolinó en las afueras, mortales ávidos de conocer qué suerte correrían los cautivos, en cuyas conciencias, el arrepentimiento empezó a manifestarse y un vivo sentimiento de culpabilidad a mortificarles, mientras en la muchedumbre rivalizaban el hostigamiento, traducido en voces insultantes y la compasión, patente en el silencio de unos pocos, al intuir que la pena capital constituiría el castigo inevitable. Simultáneamente, una sensación de calma anidó en toda la población, habiendo finalizado una época de permanente desasosiego, pues los increíbles relatos sobre asaltos y asesinatos ocurridos allá arriba, junto al páramo solariego, nunca más volverían a ser narrados. Joaquina Sibe, Juan Rivera y José Chango, fueron las víctimas postreras, Cecilio Fino, logró escapar de milagro con visibles contusiones en su cuerpo maltrecho. En los estertores de la muerte, nunca más volvería a dibujarse el perfil de angustia en la faz del agonizante.

Entre el parloteo dominante, destacaba la versión de que los maleantes se robaron una custodia en Pasto y junto a un cuantioso te-

soro, la escondieron en una cueva previamente excavada en el Mojanda, detalle curioso que despertó la codicia de algunos, quienes optaron por “darse una vueltita” tratando de recabar alguna información, valiéndose de los alguaciles Miguel Mora Paz y José Dávila; mas todo intento resultó inútil, los acusados permanecían en silencio y ni las varillas de San Cipriano resultaron efectivas porque en buen romance... no todo lo que brilla es oro.

El aprisionamiento de los cuatreros, se posibilitó gracias a un incidente casual que tuvo como escenario una cantina de la Parroquia San Rafael.

Con el ánimo de complacer a su inclinación por la bebida, dos de ellos decidieron tomarse unos tragos, haciendo un alto en su deshumanizada práctica. Entre copa y copa el diálogo fluía de manera cordial entre rancios olores a guarapo y aguardiente. Antes de convertirse en borrachera, la chuma empezó a trepar lentamente a las cabezas de pelos desgreñados. Cuando el tema de conversación dio un viraje hacia la materia anacos y fachalinas, asomó el nombre de una indígena de la zona, pechugona, buena moza (a quien los dos contertulios cortejaban y en el interior de sus bajos instintos la deseaban), instante en que el comportamiento recíproco se alteró, hasta convertirse en una discusión envalentonada a punto de intercambiar puñetazos, en ésta, surgieron mutuas incriminaciones sobre sus concurrencias en los salvajes asesinatos. A los oídos de Rafael Arango Pasquel, propietario del antro, la verborrea aguardentosa y balbuceante llegó intacta, perplejo ante tal descubrimiento, salió disparado a comunicarle al alcalde de esa jurisdicción José Arellano, quien llamó al Teniente Político José Puente para proceder a arrestarlos. El dicho aquel de que “la perdición de los hombres son las malditas mujeres” tuvo cabal cumplimiento.

El año 1896 llegó estrenando una levita nueva, como es costumbre, enero transcurrió aceleradamente para dar paso al tradicional mes de menos días, las setenta y dos horas previas a que los miembros del jurado: Arq. Fernando Pérez Quiñonez, Dr. Pedro A. Alar-



El arresto de los criminales, fue posible gracias a un oportuno incidente que tuvo como escenario una cantina de la Parroquia San Rafael. Con el ánimo de satisfacer su inclinación por la bebida, dos de ellos decidieron tomarse unas copas, haciendo un alto en su deshumanizada práctica (ilustración *Icono Producciones*).

cón, Sr. Francisco Rodríguez S., Don Carlos Ubidia Albuja (en su momento, fue honrado con el grado de Coronel de Milicias, consecuentemente, se desempeñó como Primer Jefe del Batallón Imbabura Nro. 2 de este cantón, en varias épocas fue Jefe Civil y Militar de esta plaza), Don Nicanor Jaramillo y Don Abelardo Albuja (Secretario), emitieran su veredicto, los acusados permanecieron en su lóbrego encierro, cabizbajos y silenciosos, rechazando la insistente ayuda espiritual sin querer confesarse ni escuchar las letanías del cura párroco. El Jefe Militar de Imbabura, Coronel Manuel Antonio Franco, vino desde Ibarra comandando un pelotón de dieciséis hombres, con la finalidad de vigilar el proceso, este oficial, se destacó por ser un militar ambicioso, tanto que en determinado momento, pretendió reemplazar en la presidencia al General Eloy Alfaro.

Un ambiente oscuro y tétrico envolvía al pequeño habitáculo, utilizado como presidio ocasional, la luz mortecina de las velas plantadas sobre el duro suelo, las túnicas blancas (confeccionadas por Manuel Andrade Almendáriz) con que vistieron a los reos, más las cruces rojizas pintadas con sangre de algún animal, sobre la peculiar vestimenta como símbolo de deshonor, enmarcaban un escenario espectral.

Con pasos irrefrenables llegó el día del juzgamiento. La audiencia duró desde las siete y media de la noche del sábado ocho, hasta las cinco y media de la madrugada del domingo nueve. A las puertas del cabildo se arremolinó el pueblo, desde la multitud aquella, escapaba el petitorio fatídico:

—¡Muerte! —exclamación que fue repartiéndose, hasta convertirse en una sola voz unánime.

—Indios verrdugos... eeseo se merecen paraquéstan.

—Al infierrrno siandirr.

En previsión de que ocurra un linchamiento, se reforzó la guardia mientras iba creciendo el número de individuos.

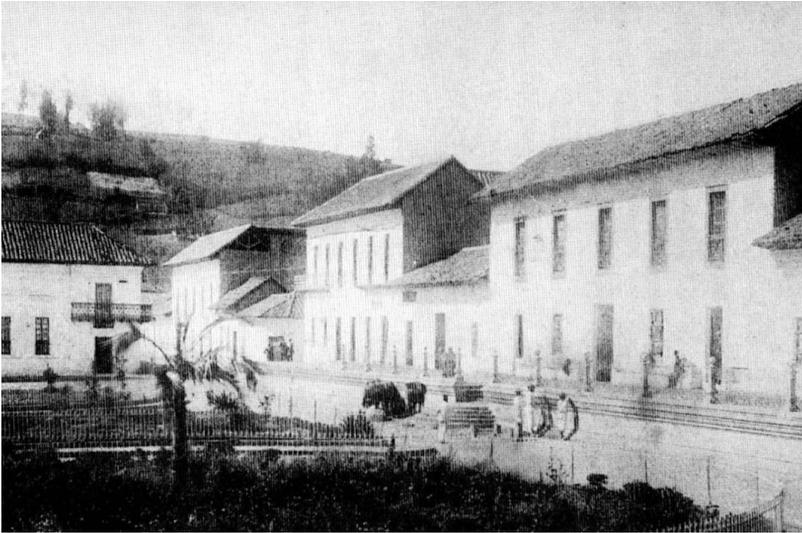
Para los miembros del tribunal, la jornada ha sido ardua y agotadora, su deber, exigía administrar con responsabilidad extrema una “in-

mediata justicia”; el objetivo único, “a fin de poner término al estado de alarma”; su misión, “en ejercicio de la vindicta pública”. Aun cuando no era partidario de tan drástico castigo, el Fiscal José María Ruales, solicitó insistentemente la pena de muerte para los detenidos por crímenes que “no admiten comparación con los animales carnívoros puesto que aún entre ellos deploran la desgracia de sus semejantes...”.

—“Para ejemplar y estímulo de algunos que tienden a adoptar este sistema de vida destruyendo a la humanidad para medrar a expensas del pillaje” —concluyó firmemente convencido.

Durante la audiencia, las declaraciones testimoniales de personas que tenían algún tipo de información o fueron testigos presenciales, captaron la atención de los presentes, también tuvieron cabida, la revisión de pericias e indagaciones efectuadas con antelación. En pleno apego al derecho, se nombró Defensores de Oficio, recayendo tal dignidad en los señores David Orbe Coba y Avelino Dávila ya que los acusados no podían permanecer en estado de indefensión, Don José Antonio de la Torre fue designado tutor-curador de Atanacio Remache, con la obligación de defender sus derechos por carecer de representante, como los reos hablaban en su lengua nativa y muy poco el castellano, actuaron como intérpretes Don Manuel Garcés y Don Mariano Sandoval. Vanos fueron los alegatos ante la demasiada y contundente evidencia. En observación a la ley vigente, se dictó el fallo inapelable, mordazmente acusatorio: ¡pena de muerte! (Pedro Carbo y Noboa, político liberal guayaquileño, presentó en 1850 una propuesta de abolición de la pena capital para los delitos políticos, moción que fue aprobada. Las convenciones de 1852 y 1861, también asumieron esta posición; aunque el presidente García Moreno volvió a restablecerla, permaneciendo vigente hasta 1906 en que fue abolida).

Un poco antes del mediodía y en medio de cuatro cirios del bien morir, los sentenciados son sacados de la celda, el tañido funesto parte del campanario de San Luis, las campanas, doblan en tono grave a muerto, en el ingreso a la casa municipal el negro Daniel Espinoza,



Casa municipal (foto, Pedro López Navarrete).

ejecuta un redoble en su tambor cubierto de crespones negros mientras Julio Villacrés le acompaña, insuflando mal aliento y notas melancólicas a su desgastada corneta. La caravana fúnebre se enrumba fatídicamente hacia el caserón de la familia Sandoval, en cuyo frente espera impaciente, con sed de sangre, el rústico patíbulo. Encabezan los alguaciles Mora y Dávila, quienes “doblan y repican” poniendo orden en la peculiar marcha que avanza lentamente, escoltada por los militares al mando del teniente Benjamín Vergara. Desde muy cerca, los miembros del jurado contemplan el cuadro conmovedor, extenuados, desfallecidos, ha sido dura la jornada para ellos, tienen los rostros demacrados, en su interior, se contraponen un vago sentimiento de culpa con la satisfacción del deber cumplido a pesar de su crudeza. Participan en el cortejo Don Juan Ignacio Pareja (Jefe Político), acompañado de su secretario Rafael Suárez; por ausencia del comisario titular Valentín Galarza, ha sido delegado el accidental, Sr. Luis Zumárraga; el secretario Vidal A. Guzmán quien ha demostrado buen desempeño en sus funciones, camina meditabundo;

incrementan la comitiva los defensores de oficio, el tutor-curador de Atanacio Remache, los intérpretes y el escribano Pedro Ignacio Cerrón que va portando unos papeles. La corneta y el tambor continúan repartiendo su sonido escalofriante, entre quejumbroso e invariable, con sus túnicas blancas pintarrajeadas de rojo, Alfonso Remache y Jerónimo Cepeda contemplan impasibles la multitud que ha formado un callejón, les siguen Atanacio Remache y Francisco Viñachig con sus rostros humedecidos por las lágrimas, el capellán Rosendo de la Torre y dos hermanos de apellido Rivera, filipenses colombianos (de la Congregación de San Felipe Neri), van portando cirios y musitando la oración de los moribundos.

Las miradas están fijas en el grupo, de conmisericordia unas, condenatorias otras, inquisitivas todas; esta escena funeraria arranca lágrimas, nadie habla, hay corazones conturbados, en sus cavidades palpitan emociones encontradas a pesar de que las atrocidades cometidas son recientes.

De improviso circula un rumor, alguien ha proporcionado el dato revelador: no van a ser fusilados todos. Existen de por medio una petición formal y en respuesta, un decreto que será debidamente atendido, documentos cuyos contenidos rezan:

“Señor Coronel Don Manuel A. Franco, Inspector General del Ejército.- Los suscritos, militares en servicio activo, teniendo en cuenta que el partido liberal detesta el derramamiento de sangre humana; Que los indígenas Atanacio Remache y Francisco Viñachig han sido inducidos por sus respectivos padres a cometer junto con ellos los asesinatos que se han perpetrado en el páramo del “Mojanda”, circunstancia que atenúa en parte su culpabilidad, y que mediante la valiosa influencia de U., podemos conseguir del señor Jefe Supremo de la República la conmutación de la pena impuesta por el Tribunal ad-hoc, a los referidos indígenas Remache y Viñachig; solicitamos de U. muy respetuosamente, se sirva interponer sus buenos y eficaces oficios en favor de los indígenas ya mencionados. Con este acto, Señor Coronel, U. y el Señor Jefe Supremo dará una prueba

más de su espíritu humanitario y justiciero contenido en el programa del partido radical.- Otavalo, a 10 de Febrero de 1896.- (f) Luciano Coral, Teniente Coronel, El Tte. Cnel., (f) Ezequiel Terán Guerrero.- El Tte. Cnel., (f) Manuel V. López.- Sgto. Mayor,- (f) M. A. Franco C.- El Teniente Cnel., (f) A. C. Cevallos Z.- Capitán.- (f) Daniel A. Toledo.- El Sgto. Mayor (f) E. A. Marriot V.- El Capitán, (f) Francisco A. Sierra,- Teniente, (f) Benjamín Vergara.- El Teniente, (f) Ezequiel Morales P.- (f) Manuel I. Cornejo.-”.

Una vez revisado el oficio y después de releerlo, Franco ha dispuesto:

“Manuel A. Franco.- Inspector General del Ejército. En uso de las amplias facultades de que se halla investido por el Supremo Gobierno y.- CONSIDERANDO: La anterior solicitud firmada por varios Jefes y Oficiales del Ejército, y tomando en cuenta que los jóvenes criminales Atanacio Remache y Francisco Viñachig han sido arrastrados al crimen por la poderosa influencia de sus respectivos padres, y, además, que para satisfacer la vindicta pública y ejemplar castigo de los criminales, bastará la ejecución de los cabecillas de los crímenes perpetrados en este Cantón; y teniendo también en cuenta que los principios liberales proclamados y establecidos por el actual gobierno, sólo exigen el castigo de los criminales contumaces y nunca el refinamiento de crueldad convencido de que el señor Jefe Supremo de la República con su natural generosidad, aprobará este procedimiento, -Decreta:- Art. Unico- Conmútase la pena de muerte, justamente recaída sobre los enunciadados Remache y Viñachig, por la de penitenciaría extraordinaria, debiendo si, concurrir a presenciar en su respectivo patíbulo, la ejecución de sus padres que los arrastraron al crimen.- Comuníquese a los reos conmutados y a las autoridades respectivas para los efectos del presente decreto.- Dado en Otavalo, a diez de febrero de mil ochocientos noventa y seis.- (f) Manuel A. Franco.- (f) El Sargento Mayor Ayudante M. Coronel”.

Por disposición, los alcaldes y tenientes políticos se han encargado de “arrear” indígenas de todas las parcialidades y rincones más

distantes, agrupando hombres, mujeres y niños, obligatoriamente, deberán presenciar el escarmiento sanguinario. La plaza pública está llena, hay gente de todas partes, familias enteras, escolares bajo el cuidado de sus maestros.

Los condenados suben al patíbulo, en el lluro Cepeda es notoria su ancha caja torácica, de hombre forzudo, contextura robustecida en las rudas labores del campo, contempla impasible la multitud, un tanto sonriente y despectivo “las escopetas ca solo valen para matar tortólas” habría dicho, el rostro de Alfonso Remache refleja miedo, a diferencia de su compañero de infortunio, es pequeño y rechoncho, ambos llevan las manos maniatadas, entre éstas, les han colocado un crucifijo.

Encumbrados en el cenit, los rayos solares intentan irradiar luz y calor, filtrándose por las oquedades de unas cuantas nubes perturbadoras, es un día aciago, poco claro y tormentoso.

Las campanas de la iglesia de enfrente, siguen lamentándose, al pie del tablado, están los hijos de quienes serán victimados, son cinco pequeños cuyas edades oscilan entre los tres y nueve años, están asustados, gimiendo y llorando como perritos guaguas junto a sus mamás, a diez metros de distancia, el pelotón de fusilamiento espera la orden fatídica mientras con voz estentórea el pregonero da lectura a la sentencia:

—“En nombre de la República y por Autoridad de la ley, Alfonso y Atanacio Remache, Jerónimo Cepeda y Francisco Viñachig, naturales de esta ciudad y vecinos del sitio de Pucará, han sido condenados a la pena de muerte que va a ejecutarse” —transcurre un breve instante donde hay silencio total y el mismo vozarrón advierte— “Los que levanten la voz o de alguna manera intentaren impedir la ejecución de la justicia, serán castigados como reos de rebelión”.

Es el filo del mediodía, los asesinos son atados a dos postes, una venda cubre sus miradas, son las últimas, su forcejeo es inútil. La plegaria postrera se eleva al cielo, es pronunciada por el padre Rosendo quien, mediante un breve sermón, exhorta a no conducirse por malos



En un radio considerable, el área que está frente al patíbulo es despejada, los victimarios permanecen indolentes en posición de firmes, golpeando el tambor destartado, Espinoza ensaya un redoble prolongado al momento que el oficial Vergara desenvaina su sable y ordena:

—Preparaaren... apuunten... ¡FUEGO! (ilustración Icono Producciones).

caminos, porque según dice, conducen a la perdición del alma. En un radio considerable, el área que está frente al patíbulo es despejada, una de las esposas de los penados, sujeta en sus brazos a su pequeño hijo y para evitar que mire directamente la cruda acción, le deposita en el suelo, escondiendo su cabecita entre los pliegues del anaco, los victimarios permanecen indolentes en posición de firmes, golpeando el tambor destartado, Espinoza ensaya un redoble prolongado al momento que el oficial Vergara desenvaina su sable y ordena:

—Prepaaaren... apuuunten... ¡FUEGO!

La descarga revienta con un estruendo espantoso, satura el entorno junto al grito angustioso de las mujeres, ellas estallan en llanto, multiplicándose los lamentos y las consolaciones; la sangre agranda los rojos manchones de las túnicas de liencillo, las cabezas de los ajusticiados se pliegan sobre sus pechos perforados, el quejido ronco nacido en la garganta de Cepeda, atestigua que aún hay vida y un disparo aislado pone fin a su malhadada existencia. El campanario ha enmudecido, la histeria intenta instalarse en las infantiles humanidades, los padres de familia se inclinan para abrazar a sus párvulos que lloran aterrorizados, al mismo tiempo, los cinco longuitos lanzan su alarido lastimero a los cuatro vientos.

—Achilitaiticooooo... taiticooooo... no vaaayás... no dejeeees...
—son gritos conmovedores que arrancan lágrimas de amargura, por ahí, algún reloj de leontina marca las doce del mediodía, la fecha: lunes 10 de febrero de 1896.

En conjunto, son sonidos que han hecho huir despavoridas a palomas y golondrinas, abandonando los aleros de las casas circundantes y transformados en un eco ignominioso, se extiende por plazas, calles, rincones; más allá, por valles, lomeríos, el taita Imbabura, la mama Cotacachi, propagándose íntegro hasta los anales de la historia otavaleña.

Mucha agua ha corrido bajo el puente desde que una escena similar aconteció 84 años atrás, cuando el general español Juan de Sámano y Uribarri, ordenó la ejecución del coronel patriota Francisco Calderón en la plaza pública de Ibarra el 3 de diciembre de 1812.



Aspecto de cómo luce actualmente el inmueble en la intersección de las calles Bolívar y Juan Montalvo (Otavalo), junto a éste, se levantó (entre la segunda y tercera puertas desde la izquierda) el patibulo donde fueron ajusticiados Jerónimo Cepeda y Alfonso Remache. En el mismo sitio, estaba ubicada la casa de Rafael Sandoval Ocampo, quien pereció sepultado entre los escombros, durante el terremoto del 16 de agosto de 1868. Sobrevivió Benigna Garcés Ubidia, su esposa, quien hizo levantar la construcción que apreciamos en la fotografía. Manuel Andrade Almendáriz (confeccionó las tónicas con las cuales visitaron a los reos), instaló su taller de sastrería en la esquina (primera puerta), donde desde la década de los años cincuenta hasta 1980, funcionaba la Notaría Primera del Sr. Guillermo Jaramillo (*fotografía del autor*).

Los deudos, fueron impedidos de retirar los cuerpos que exámenes permanecían atados a los postes, por ley, debían mantenerse expuestos en señal de advertencia. Un manto de piedad y lástima cubrió a la población conmocionada, aquella tarde, una procesión inabarcable de espectadores desfiló frente al macabro cuadro vivo, persiguiéndose unos, musitando oraciones o desgranando oraciones las beatas, comentando otros, compungidos todos.

—Veeles mamíticos... que nuestro Señor de las Angustias les perdone.

—Jesús comadrita y que la virgencita del Carmen les libre de los tormentos del infierno.

Ante la mirada de un sinnúmero de curiosos, los cadáveres fueron colocados en ataúdes después de las cinco de la tarde para conducirlos al cementerio, formando una caravana reducida que a paso lento, marchó dolientemente silenciosa.

¿Cuál fue el destino de los conmutados? Trágico, no en vano, la ley del Talión determina que quien a cuchillo mata a cuchillo muere. Así, cuando uno de ellos había cumplido la mayor parte de su condena, un disparo accidental a manos de un guardia del panóptico (en aquel entonces, principal centro penitenciario ecuatoriano), terminó con su malograda existencia. El otro, retornó a su lar de origen habiendo completado los años de prisión, con la consigna de emprender una nueva vida, libre de malas acciones; pero las circunstancias le fueron totalmente adversas, todo el poblado receló del ex presidiario, mucha gente estaba convencida que no tardaría en ir a buscar las talegas y joyas, producto de los asaltos cometidos, porque supuestamente habían dejado escondidas en una cueva, no dejaron de vigilar sus pasos, incluso cuando ocurría algún robo, la sospecha recaía sobre él y a pesar de su inocencia, iba a parar a la cárcel. En su interior, renació el remordimiento, mortificándose a cada instante, en cada acto, en las noches de insomnio, sentíase mal visto por los coterráneos, por sus congéneres... por todos.

—¡Shugua manavali! —este insulto escuchó en más de una ocasión.

Su pasado oprobioso, le arrinconó en una atmósfera de incertidumbre asfixiante que marcó una disyuntiva concreta, real, señalándole dos sendas distintas; pero bien definidas: emigrar o matarse. Escogió la primera, un día se marchó sin rescatar el hipotético tesoro y nunca más la gente comarcana supo de él. Años más tarde, se rumoreó que vivía en el apartado sector de La Esperanza del Cantón Ibarra, donde posiblemente su existencia arribó al puerto inexorable, sobreviviendo en la memoria del colectivo ciudadano... el veraz y sanguinario episodio de los Remaches.

Un cuadrienio después llegó el fin de siglo, la noche del 31 de diciembre de 1899, el miedo se apoderó de todos, la imaginación hacía pensar que en el firmamento aparecerían radiantes y luminosos los arcángeles en turno de velada para hacer sonar las trompetas del apocalipsis, anunciando el fin de los tiempos, hicieron falta confesionarios para arreglar cuentas con Dios, ante sacerdotes que cabeceaban del sueño de tanto escuchar una sobrecarga de acúsomes, en versiones veniales o mortales.

—Acúsome padre que le dije vieja entrremetida a mi suegra.

—Acúsome padre que me gusta la mujerr de mi compadre Alfonso.

—Acúsome padre que no fui a misa de primer viernes.

Muchos feligreses esperaron arrodillados la última campanada, esperando el inevitable desenlace, para la tranquilidad general, resultó ser una falsa premonición, un sueño reparador sobre colchón de cabuya anuló toda zozobra.

Eludiendo el lomo corpulento del anciano monte, aparecieron los primeros rayos solares, iluminando jubilosos las primeras horas de la centuria número veinte. Hubo misa cantada, tronaron camaretas, una banda militar de las columnas Sucre y Bolívar acantonadas en suelo otavaleño, ofrecieron la tradicional retreta de año nuevo.

“Tiempos idos no volvidos” en que el diferendo ideológico-político entre liberales y conservadores, tan solo estaba demarcado por la hora de asistir a misa, pues en actitud camaleónica algunos amanecían

masones, eran liberales a mediodía y curuchupas en el momento de hacer oración antes de acostarse, o viceversa, se persignaban al levantarse, a la hora del almuerzo elogiaban al viejo luchador y cobijados por las sombras nocturnas, fornicaban en calidad de francmasones.

Alfaro llegó a Otavalo el 4 de mayo de 1901, siendo recibido por el Jefe Político Dr. Amador Castro y el Presidente del Ayuntamiento Sr. Ulpiano Cháves, quienes le declararon huésped ilustre y como tal, los batallones Esmeraldas, de Infantería Nro.1, Alhajuela y el batallón colombiano Tolima (asilado en territorio ecuatoriano), le rindieron honores. En aquella ocasión, se hospedó en la quinta “La Florida” (delimitada por las actuales calles Salinas al norte, Morales al sur, el río Machángara al oriente y la Atahualpa en el lado occidental), propiedad de Don Carlos Ubidia Albuja.

En su Monografía de Otavalo, el presbítero Amable Agustín Herrera anota que para 1907 las 480 casas que tenía la ciudad, estaban distribuidas en 90 manzanas. Amorosamente delineadas, despertaban un apego irrenunciable en sus hijos, siempre orgullosos de haber llegado al mundo en este suelo, con su humanidad debutante y emitiendo el agudo llanto primerizo.

Ya sin el peligro acechante, la rústica figura del esforzado arriero con sus alpargatas u oshotas, ponchos gruesos, largas bufandas al cuello y el recio acial en su mano diestra, cobró vigencia. Los negociantes de ganado mayor: Francisco, Juan y José Julio Cabascango; Tomás, Amador y Nicolás Navarro; Rafael Flores y su hijo Segundo, quichincheros todos, traían buenas partidas desde la provincia carchense o del sur de Colombia para vender en Quito, un peón iba delante del hato, haciendo sonar una bocina al pasar por las zonas pobladas, con el propósito de que sus habitantes se pongan a buen recaudo.

En aquella época, Otavalo disponía de una sola plaza, la municipalidad, emprendió en el proyecto de habilitar un espacio que sirva exclusivamente de mercado, a partir de entonces, la explanada frente al Santuario de San Luis, se convirtió en el parque Bolívar, en cuya planificación intervino Fernando Pérez Quiñonez, arquitecto de profesión que

delineó los jardines, cercándolos con vistosas barandas de hierro, colocando dentro grandes bancas de piedra y una pileta central importada de Hamburgo, donde lucían tres caballos cincelados en metal blanco por cuyos belfos arrojaban agua. La debutante plaza del mercado sirvió también como cancha de fútbol y en ocasiones, fue el escenario que taurinamente acogió a las corridas de toros populares.

Abierta al comercio, la espaciosa plaza tomó el nombre de una fecha magna: 24 de Mayo, constituyéndose de alguna manera en agencia de viajes, pues en el sector esquinero de la carnicería se congregaban desde horas tempranas, las familias de los jóvenes que merced a sus posibilidades estudiaban en Quito, el propósito, esperar a los arrieros con sus acémilas procedentes de Quichinche para encargarles las canastas con ropas o alimentos, bien solicitados el “negro Perugachi” y el “cashico”, hacían un viaje semanal, transmontando el —años antes— siniestro páramo de Mojanda. Mientras duraba la espera y para amortiguar el frío de la madrugada, era costumbre servirse café en leche, chocolate o agua de canela que el maestro Quimba y su robusta esposa Dolores vendían en un ángulo de la plaza, conocido con el nombre de “esquina de la señora María Vargas”. Los arrieros dejaban las cargas principales en el “tambo de los negretes”, situado a dos cuadras de la mansión del “Conde Casa Jijón y Marqués de San José”.

Desde incontables lustros atrás, el anhelo de los imbabureños, al parecer irrealizable, no mermó su dimensión, contar con una salida al mar, era posible, no en vano, la principal autoridad eclesiástica, el Obispo Federico González Suárez, presidente del Comité Pro Carretera Ibarra-El Pailón, comunicaba al presidente Eloy Alfaro sobre tal propósito. Nueve años después, en la quinta de las Hermanas de la Providencia, a orillas del Machángara, un memorable 29 de septiembre de 1906, el “viejo luchador”, presidió una reunión, a ésta asistieron funcionarios públicos y personeros del ferrocarril trasandino, donde se trató sobre la prolongación del ferrocarril hasta Ibarra, al finalizar las conversaciones, Don Eloy, tomó una pala y removiendo el suelo pronunció:

—“En nombre del progreso de la República, doy principio a los trabajos de este nuevo ferrocarril” —el sueño de los ibarreños, empezaba a cristalizarse.

Piano, Piano, va lontano (despacio, despacio, se llega lejos). Apegados a este sabio principio, a golpe de pico y pala, cientos de trabajadores, quizá miles, emprendieron en la titánica labor de remover descomunales cantidades del suelo patrio, romper rocas gigantadas, atravesando praderas, campiñas, poblados y lomeríos, para afirmar el sendero por donde los rieles señalarían la ruta prometedora del progreso.

Trece años después, durante el mandato de Alfredo Baquerizo Moreno, se construyó un tramo de carretera desde Cayambe hasta el Nudo de Cajas, empalmándola con los terraplenes del ferrocarril que habían llegado a este punto. En un acto solemne e histórico (9 de octubre de 1919), a campo abierto, en pleno límite de las provincias de Pichincha e Imbabura, el presidente, procedió a realizar la entrega de los terraplenes del ferrocarril Quito-San Lorenzo. En emocionada arenga manifestó desde una tarima construida para el efecto:

“Alta, encumbrada tribuna me habéis proporcionado, la más alta y encumbrada acaso ofrecida hasta hoy a un magistrado ecuatoriano, tribuna a donde sólo llegan voces de júbilo, aplausos repetidos y entusiastas que se dilatan luego por el ámbito inmenso de estos amplios y hermosos horizontes, pregonando y festejando, no lauros y victorias recogidas en campos de dolor y de miseria, sino lauros y victorias de este pueblo vencedor en la jornada excelsa de un trabajo de redención y de fervor patriótico, y tribuna desde donde no alcanzo a contemplar sino belleza y majestad en cuanto me rodea de esta naturaleza soberbia y engreída en el esplendor de su pompa y su grandeza, y el regocijo de una tan innumerable multitud cuyos rostros de alegría, sonrientes y orgullosos, vueltos hacia mí, dicen más, muchísimo más que mis pobres y débiles palabras, la gloria del triunfo que admiramos y palpamos hoy sobre la entraña viva de la tierra y sobre la negra entraña de burlas y envidias aplastadas.



Gráfica captada el momento de la emotiva alocución pronunciada por el Dr. Alfredo Baquerizo Moreno, Presidente Constitucional de la República, durante el acto solemne de entrega de los terraplenes del ferrocarril Quito-San Lorenzo, el 9 de octubre de 1919 (archivo histórico del Municipio de Ibarra).

Cuando los años, más aún, los siglos hayan pasado unos tras otros en variada e inacabable sucesión, cuando la sombra enorme y muda de los tiempos cubra y sepulte en el seno de la oscuridad y su silencio, el sueño eterno de cien y cien generaciones, en toda esta bella y rica extensión de montes y quiebras, de valles y de abismos; cuando en las lejanías impalpables de un remoto porvenir sean pasmo y admiración de gentes y edades apartadas, nombres y hazañas y realidades que ni la mente alcanza a concebir ahora, ni la fantasía a vislumbrar acaso, todavía entonces, ese mismo Cayambe que miramos de cerca con su nevada cumbre victoriosa, ese mismo Imbabura, ese Cotacachi que levanta hacia allá sus atrevidos contornos gigantescos y este Cajas, nudo ayer de división y hoy unión entre pueblos y provincias, seguirán pregonando la memoria imperecedera de esta hora inolvidable para el patriotismo generoso y fecundo, para el esfuerzo inmortal de vosotros todos ¡Oh hijos del trabajo y del honor! Que pobláis y engrandecéis la noble y hermosa tierra que va

desde lo alto de esta cima y este páramo a la del Chota, ancha corriente de resonantes aguas turbulentas.

Señores: Más que el magistrado soy en estos momentos el ciudadano, el guayaquileño que llega hasta vosotros por felicitaros y aplaudiros a su vez, pues dignos sois de todo aplauso y alabanza, por deciros no sólo en nombre de la patria una y grande, sino también en nombre de aquel pedazo de suelo ecuatoriano que nos dio en este día a los próceres de octubre, que esa tierra de pampas, de bosques y de ríos, desea, anhela, quiere vuestra grandeza y poderío y que lejos, muy lejos de celos y recelos infundados, os da y os dará siempre el abrazo que os traigo y el ósculo ardiente y expresivo de una sincera y cariñosa hermana.

Alcemos, pues, aquí, pirámides de corazones que al unir sobre este nudo de los Andes la sublime palpitación de todos ellos, unan también en armonía simbólica y eterna el amor y el patriotismo de cuántos son los hijos de esta patria que en su escudo junta y estrecha el Chimborazo y su soberbia mole con las aguas del río que va a perder dulce, tranquilo y amoroso en esa otra armonía, infinitando los cielos y los mares.



Nudo de Cajas en el límite de las provincias Pichincha e Imbabura. Instante trascendental en que se da lectura al acta respectiva, formalizando la adjudicación de los trabajos previos pro construcción de la línea férrea Quito-San Lorenzo (*archivo histórico del Municipio de Ibarra*).

Imbabureños: Al saludaros y despedirme de vosotros en esta ocasión, por acercarse ya el término de mi cargo, os dejo toda mi simpatía, todo mi afecto y mi cariño; y os pido que así como os deseo vivamente que podáis ver cuanto antes la realidad espléndida de esta obra, cruzar por vuestros campos extenderse desde el mar distante al cercano e histórico Pichincha, guardéis también grata memoria de quien siempre estuvo con vosotros legislando o ejecutando, de quien aplaude en este día de viejas glorias de libertad, de recuerdos heroicos y próceres altivos y magnánimos, vuestro esfuerzo, vuestra constancia, y ese vuestro patriotismo inimitable, único y ejemplar, dentro o fuera de la patria ecuatoriana”.

El principio del final de la arriería empezaba a manifestarse.



Lanzando a los cuatro vientos alaridos de progreso, el monstruo de hierro hace su arribo a la cobija de todos (foto, Pedro López Navarrete).

El 31 de octubre de 1928, nonagésimo noveno aniversario de la erección a ciudad, el “Valle del Amanecer” amaneció vestido de fiesta, sus habitantes lucían sus mejores galas, vistosos sombreros de mocora los hombres y elegantes de fieltro con encaje las damitas, los campanarios de las tres iglesias repicaban jubilosos mientras los aires

marciales y dianas, contribuían con un brillante detalle de civismo. La ocasión exigía tales preparativos porque el primer tren llegaba a la hoy, “Capital Intercultural”, inaugurando el servicio ferroviario. A mediodía, se escucharon los pitazos estridentes que desde Rey Loma anunciaban por vez primera, un arribo progresista y prometedor, las volutas de humo echadas en caprichosas espirales al viento octubrina, añadían una pincelada de encanto a la exquisitez paisajística.



El ferrocarril llega a Otavalo y la ciudad viste sus mejores galas. Los ciudadanos forman una calle de honor para recibir al primer mandatario (foto, Pedro López Navarrete).

El Dr. Isidro Ayora, Presidente de la República, junto a su numerosa comitiva descendieron del vagón de pasajeros cuando el traqueteo incesante del monstruo metálico había finalizado. La banda militar, entonó las sagradas notas del Himno Nacional en el instante que el Presidente del Cabildo, Dr. José Jaramillo, se adelantó a saludar al ilustre visitante. Entre vítores, aplausos, la guardia de honor formada por miembros del Batallón Pichincha, agitar de pequeñas banderas, el séquito se dirigió al palacio bajando por la calle García Moreno, allí, tuvo lugar la

sesión solemne, finalizada ésta, se dio paso al banquete de honor ofrecido a quinientos invitados y servido en un chozón de totora, construido para el efecto a orillas del Lago San Pablo.



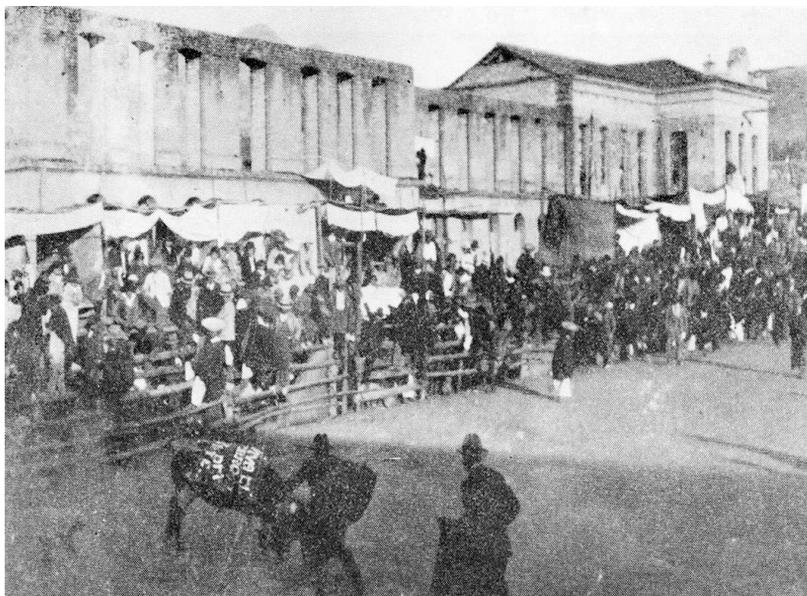
El Dr. Isidro Ayora, su Sra. esposa, Doña Laura Carbo y el Dr. José Jaramillo, Presidente del Concejo, encabezan la comitiva que descendiendo por la calle García Moreno, se dirige al palacio municipal (foto, Pedro López Navarrete).

Por la tarde hubo fútbol, el seleccionado de Otavalo, enfrentó a la selección de los ministerios de estado, adicionalmente: carrera de ensacados, concurso de cintas, chanchos regordetes enteramente encebados, toros populares, voladores y camaretas, programación llevada a cabo en medio del alborozo generalizado, con mistelas de por medio. En la noche, irrumpieron los juegos pirotécnicos con vacas locas, castillos, buscapiés y la retreta como antesala al baile de gala ofrecido en el palacio municipal.

MUERTE EN EL PÁRAMO

Fecha memorable aquella, de regocijo ciudadano; pero de luto para los arrieros viajeros ya que la llegada del tren primerizo, colocó el punto final a su tan sacrificado como servicial oficio.

En un rincón de la memoria colectiva, yacen empolvadas esas historias de arriería y la página sanguinaria de los remaches.



Tarde de toros, algarabía y festejo generalizado por la llegada del ferrocarril (foto, Pedro López Navarrete).

Bibliografía

BAQUERIZO MORENO, Alfredo. *Discurso pronunciado en el Nudo de Cajas (9 de octubre de 1919), durante el acto de entrega de los terraplenes del ferrocarril Quito-San Lorenzo*. Archivo histórico del Municipio de Ibarra.

CHAVES PAREJA, José María. *Episodios del pasado de Otavalo*, CCE Núcleo de Imbabura, Colección Tahuando Nro. 264. Ibarra, 2018.

HERRERA, Amable Agustín. *Monografía del Cantón Otavalo*, Quito, Tipografía Salesiana, 1909.

JÁCOME, Gustavo Alfredo. *Los pucho-remaches*, Artes Gráficas Señal Impreseñal Cía. Ltda. Primera edición, 1984.

JARAMILLO ZURITA, Segundo Manuel. *Memorias*, Sarance, Revista del Instituto Otavaleño de Antropología. Otavalo, octubre de 1976.

MONCAYO PARREÑO, Francisco. *Sombras de tragedia*, Revista Municipal, Órgano del Muy Ilustre Concejo Cantonal de Otavalo, abril de 1942. Imprenta Cultura Ibarra.

MONTALVO FIALLOS, Juan. *El Cosmopolita*, segundo tomo, Casa Editorial Garnier Hnos. París, 1923.

NAVAS, Juan de Dios. *Ibarra y sus Provincias*, CCE Núcleo de Imbabura, Colección Carangue.

PAREJA DIEZCANSECO, Alfredo. *La hoguera bárbara*, segundo tomo, Publicaciones Educativas Ariel, Impreso por Cromograf S. A. Guayaquil.

SAN FÉLIX, Álvaro. *En lo alto grande laguna*. Instituto Otavaleño de Antropología. Marzo de 1974.

TABANGO, Mesías. *Testimonio de las actas de la conformación constitucional del cabildo otavaleño*. Gobierno Municipal de Otavalo 2010.

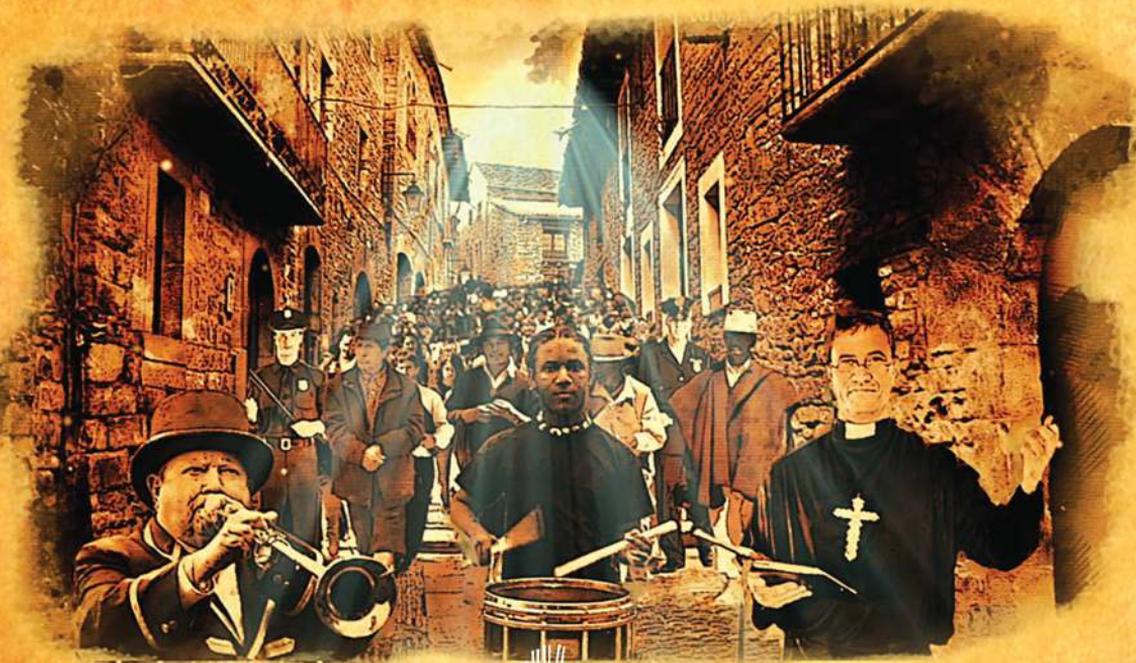
TERÁN, Francisco. *Geografía del Ecuador*, Editorial Colón. Quito-Ecuador 1966.

Agradecimiento

Es mi obligación, extender el reconocimiento formal y sincero a Icono Producciones en la persona de mi estimado amigo José Salazar. Su exclusiva y valiosa colaboración, consistente en las bien logradas ilustraciones, llenas de colorido y afinidad histórica, engalanan con brillantez única estas páginas, enmarcadas en el dulce aroma de la añoranza que provoca imaginarnos el Otavalo de Ayer.

De igual manera, a la Srta. Tula Sandoval León por sus interesantes referencias relatadas por sus antepasados.

Un poco antes del mediodía y en medio de cuatro cirios del bien morir, los sentenciados son sacados de la celda, el tañido funesto parte del campanario de San Luis, las campanas, doblan en tono grave a muerto, en el ingreso a la casa municipal el negro Daniel Espinoza, ejecuta un redoble en su tambor cubierto de crespones negros mientras Julio Villacrés le acompaña, insuflando mal aliento y notas melancólicas a su desgastada corneta. La caravana fúnebre se enrumba fatídicamente hacia el caserón de la familia Sandoval, en cuyo frente espera impaciente, con sed de sangre, el rústico patíbulo. Encabezan los alguaciles Mora y Dávila, quienes “doblan y repican” poniendo orden en la peculiar marcha que avanza lentamente, escoltada por los militares al mando del teniente Benjamín Vergara.



cce
IMBABURA

www.casadelacultura.gob.ec

2022

La CCE, sembrando la buena semilla de la patria

Colección 
TAHUANDO

301